

Documental

Mensaje televisado de Su Santidad inaugurando los programas de la red europea (6 de junio de 1954)

El día de Pentecostés

¿No es, por ventura, una fausta coincidencia el que en este día, en el que la Iglesia conmemora solemnemente la bajada del Espíritu Santo al Cenáculo y la primera predicación del apóstol San Pedro a las multitudes ávidas de verdad y de paz, nos haya sido concedido el dirigirnos personalmente a vosotros, espectadores europeos de la televisión, y expresaros cuán grande es nuestra alegría al ir en cierto modo personalmente, a vuestro encuentro hasta la misma intimidad de vuestros hogares?

Hoy logran feliz éxito los prolongados esfuerzos, las arduas investigaciones, los innumerables experimentos realizados, tanto por cada uno de los científicos como por grupos de estudiosos y por naciones, para establecer entre los pueblos europeos, y quizá con el tiempo entre otros continentes, un nuevo medio de intercambios intelectuales y artísticos. Sin duda era ya posible, mediante la radio, llevar hasta vuestras moradas palabras de enseñanza, de aliento y de estímulo. Pero ¿quién no ansía el contacto inmediato? Por muy ferviente y eficaz que un discurso pueda aparecer, es mucho más vivo y conmovedor cuando la proximidad del orador permite sorprender en su rostro las más leves señales de sus suaves sentimientos y grabar en la memoria sus rasgos característicos.

Nos alegra por esto saludar la gran empresa de la Unión Européenne de Radio Diffusion, merced a la cual, con la colaboración de los organismos de la televisión y el esfuerzo tenaz de los técnicos encargados del buen funcionamiento de las estaciones emisoras y receptoras, ha podido surgir esta red europea de transmisión de imágenes. Las experiencias realizadas con éxito favorable los pasados años a través de la "manica" han hecho posible la elaboración del programa que hoy se inicia, y es "el primero que la televisión italiana envía a las nuevas televisiones europeas en el cuadro de los primeros intercambios internacionales de televisión.

Instrumento privilegiado de la exploración humana

Por lo demás, el funcionamiento de una red europea de televisión responde al mismo tiempo al deseo de los técnicos y al de los espectadores. Como todo invento reciente, la televisión está ávida de proyectar sus propias posibilidades. Ella ha descubierto que su campo de aplicación preferido era recoger las manifestaciones más interesantes de la vida humana en el mismo momento en que éstas se producen. Bien se trate de actividades científicas o deportivas, o de aspectos innumerables de la técnica, o de realizaciones sociales, todos nosotros aspiramos no sólo a estar informados en el más breve espacio de tiempo, sino también a asociarnos inmediatamente al acontecimiento, a ser testigos si es posible.

Por otra parte, la dificultad de realizar un programa de alta calidad invitaba a una colaboración que dividiese los cometidos, ensanchando el campo de la investigación directa. Quede de manifiesto que si el aparato de televisión capta la realidad de una manera sintética, la somete al mismo tiempo a un análisis más minucioso que el objetivo cinematográfico; a causa de las dimensiones necesariamente reducidas de la pantalla receptora, la televisión preferirá los primeros planos, teniendo así la posibilidad de recoger las expresiones con más detalles. No se escapa la más mínima actitud de los intérpretes a la atención concentrada del espectador que no está influida por el ambiente o por una asistencia numerosa; tampoco se escapan ni las eventuales imperfecciones del tema ni las negligencias de su presentación.

La televisión puede, por tanto, lanzar una mirada curiosa hacia todas las cosas y meterse en el corazón de los acontecimientos. Por lo que se convierte en instrumento privilegiado de la exploración humana, en medio eficaz para poner a los hombres en contacto unos con otros y para revelarles del modo más rápido y seguro, y con una fuerza insospechada de penetración, las innumerables formas de la vida contemporánea.

Se han de prevenir los peligros

Apenas se percibió la gran envergadura de este medio de difusión de hechos y de ideas, apareció en seguida un delicado problema: ¿cuáles son los valores morales del mundo, en parte todavía nuevo, que se abre a la televisión de un modo más completo y más atrayente que la radio y el cine? ¿No es posible, tal vez, que con estos bienes se entremezcle también algo que podría ofender el sentido moral del espectador? Por tanto, ¿no sería el primer y natural deber de las entidades de televisión y de los telespectadores el de proceder a una cuidadosa y adecuada selección? La sociedad de hoy tiene ya demasiadas llagas abiertas, inferidas por el influjo corrosivo de cierta prensa y de análogos productos del cine o de la radio. Este nuevo y tan eficaz medio de telecomunicación, ¿agrandará el mal o tal vez sus promotores sabrán dar a la empresa, ya desde sus comienzos, una orientación realmente constructiva y genuinamente sana?

Las preocupaciones comerciales inducen con frecuencia a los productores a insertar en los programas números de variedades y espectáculos de diversión que, por desgracia, actúan a cuenta de instintos humanos menos nobles. No basta con deplorar las consecuencias de tal mal y sobre todo, el bajo instinto de placer, mientras el corazón sigue sordo a la miseria del prójimo. Hace falta prevenirlos usando todos los medios adecuados. Si la televisión está dispuesta

a mantener sus espléndidas promesas, deberá evitar el recurrir a las ligeras artes que tanto contrastan con el buen gusto y con el sentimiento moral; deberá huir de los productos del espíritu desnaturalizado de nuestra época.

Papel de la televisión ha de ser el exaltar la verdadera belleza y todo lo que la civilización humana, y en especial la religión cristiana, han producido y producen de sano y de sublime.

Reflejo de elevadas aspiraciones

Quizá sea bien prestar aquí atención al deseo del público y de la televisión de ver reflejadas sobre la pantalla algunas de sus más profundas aspiraciones, de sus ideales de fraternidad humana, de justicia y de paz, su amor a la familia, a la patria, y considerar también el hecho de que una parte de la sociedad abriga sentimientos que trascienden los límites del mundo material o que pertenecen quizá a una determinada confesión religiosa. Pensamos particularmente en aquellos de entre vosotros confinados en los propios hogares por debilidad o enfermedad y que aspirarían al consuelo y al alivio —del que tiene más necesidad que otros— de estar presentes en espíritu en las ceremonias religiosas y unir sus plegarias a las de la Iglesia. De ahora en adelante, la televisión, mejor que la radio, los llevará al santuario. Esto, naturalmente, no podrá sustituir a la presencia física en los ritos religiosos, pero al menos los ayudará a entrar en aquella atmósfera de respeto y admiración que rodea las funciones litúrgicas y a participar en la ferviente plegaria de la fe y de la adoración, que sube hasta los cielos de la comunidad de los fieles.

Símbolo y promesa de fraternal unión

Que este primer programa internacional, que enlaza ocho naciones de la Europa occidental, sea un símbolo y una promesa. El es, en verdad, un símbolo de unión entre las naciones, y en cierto aspecto y hasta cierto punto está iniciando ya esa unión. ¿No debe, en efecto, el mutuo conocimiento preparar el reconocimiento y la estima? Que aprendan con esto las naciones europeas a conocerse mejor recíprocamente; que se gocen y se empeñen en difundir sus bellezas naturales y sus tesoros de cultura; que se manifiesten mutuamente los sentimientos más profundos y el más sincero deseo de entendimiento y colaboración. ¡Cuántos prejuicios y cuántas barreras habrán de caer entonces! Disminuirían así la mutua falta de confianza y el egoísmo, y, sobre todo, se suscitaría una nueva ambición: la de contribuir a la comunidad mundial para el bien común. Tal es nuestra esperanza.

Que en este día de Pentecostés, el divino Espíritu, enviado a iluminar las mentes, a inflamar los corazones de amor a Dios, encuentre en esta creación del ingenio humano un instrumento apto para extender el reino de la mutua comprensión y la concordia entre todos los pueblos. Con una ferviente plegaria por tal don, precioso sobre todos los demás, y con un corazón lleno de afecto para todos os impartimos la bendición apostólica.

Dirigimos finalmente un saludo a los espectadores de lengua holandesa y a todo el pueblo de los Países Bajos, cuyo bienestar está muy en nuestro corazón y cuyas vicisitudes seguimos con vivo interés.

Invocamos, queridos hijos e hijas, sobre todo vosotros las abundantes bendiciones del cielo.